

El propio sentido se cuestiona, y el del otro: “Las piedras que guardas en tu memoria/ son las ruinas de un altar construido / para que alguien más ofreciera en él su corazón” (Estrada, 2015a: 56). Se siente la intemperie, el tránsito, la imposibilidad, la certeza de la nada: “Que la vida es lo que siempre queda al final de la página: / ese temor de sabernos” (Estrada, 2015b: 19).

Y, sin embargo, un latido persistente afirma la vida al tiempo que la niega; es como “la tela de araña en el extremo de una guillotina” (Estrada, 2015b: 27), trampa en la trampa, vida en la muerte, vida entrampada, pero vida al fin. Afirmación estética, belleza que tiritita en los versos, se prende a la existencia y la reivindica.

No son estos unos poemas fáciles, porque si bien el lenguaje es sencillo, su sentido es críptico; invitan al silencio, al recogimiento, a la reflexión. Pero son inolvidables. La escritura de Lucía Estrada es un nombrar esencial.

La mirada del poeta, como una luz, sostiene el misterio y el sentido, en medio del sinsentido:

XXIII

Y si esta piedra fuese nuestro pan
y esta palabra sombra
la única luz que nos asiste al terminar el día

y si la luz fuese la prueba de nuestro abandono
y si el abandono fuera nuestra más firme certeza

y si la certeza fuésemos nosotros mismos
en manos de la muerte

y si la muerte se abriera como el exilio de un cuerpo
que se resiste a la nada

y si la nada fuese nuestra mesa
y la copa en que bebemos un vino amargo y lejano [...]

y si la derrota trazara el mapa del destino
como el pájaro la grieta
de su soledad en el aire [...]

y si la noche no fuese otra cosa que la noche
intemperie

verticalidad de un hombre solo
en su caída.
(Estrada, 2015b: 81-82). 

Emma Lucía Ardila (Colombia)

Bibliografía

Estrada, Lucía (2015a). *Continuidad del jardín*, Antología personal. Granada: Valparaíso Ediciones.
_____. (2015b). *La noche en el espejo y otros poemas*, Bogotá: Letra a Letra.
Proust, Marcel (1972). *Por el camino de Swann*. Madrid: Alianza.

La reducción afirmativa. A propósito de *Ni el abrazo ni el refugio* de Jorge Iván Agudelo



Ni el abrazo ni el refugio
Jorge Iván Agudelo
Editorial Universidad de Antioquia
Medellín, 2016
86 p.

1

N*i el abrazo ni el refugio*, el más reciente libro de poemas de Jorge Iván Agudelo, encarna una importante disyuntiva en el panorama actual de la poesía antioqueña. No solo porque su título recurra a una figura de larga tradición, la cual reúne —separándolos— pensamiento y acción, sino porque se sitúa en caminos que por momentos se dividen y dividen al lector. Disyuntiva histórica porque entiende la tradición poética como la oposición entre la fe en la afirmación y el nihilismo de un verbo inutilizado. Disyuntiva estilística porque sus interrogantes suponen una pregunta por el papel que la adición y la sustracción tienen en la creación de una obra. Y disyuntiva vital, porque expone la contradicción inherente a una poesía que empieza en la negación de las posibilidades del lenguaje, pero que, pese a ello, se sigue manifestando en tiempo presente.

La palabra un corcho
dando vueltas sin hundirse
en su propio remolino

Llama la atención en este libro, en primer lugar, su estrategia de integración de piezas en un conjunto que deriva su coherencia, no de los temas, sino de la orquestación de sus puntos de vista y sus tonos, del entusiasmo meridiano en la fiesta hasta la perspectiva senil en el eclipse de las facultades creativas. Por ejemplo, cada una de las seis secciones en que se compone el libro culmina con un breve y contundente poema dedicado a la vejez, casi siempre apelativo en su amargura. Esto supone, de cara a los otros momentos que tocan los poemas restantes —sobre todo la juventud—, una especie de aproximación al tema inveterado de las edades de la vida.

Sudor rancio
cojera
pústulas
arrugas
presbicia

¿Habrá un lugar más triste
para la sabiduría?

Pero esta certeza, apoyada en la evidencia corporal, se convierte en proposición, y a veces en axioma, sobre el destino de eclipse que resume todo lo viviente. Progreso y decadencia, esplendor y miseria, forman la sístole y la diástole de este libro integrado por afirmaciones que sorprendentemente acaban por ser restrictivas. Por ejemplo, en uno de los más bellos poemas del libro leemos:

No hay valentía de la vida
cuando solo en su contra
y a tu pesar
respiras

Entendemos que en la paradoja se halla uno de los centros del libro. Muchas cosas, entre ellas el lenguaje y la fuerza de vivir, son, siguen, a pesar de la desesperanza.

2

Ahora bien, en cada una de las piezas que integran la obra encontramos una estrategia principal, a pesar de la discreta ocultación, a pesar de un procedimiento de ausencia que ayuda a que los ojos vayan pasando de verso a verso, a veces sin advertir las palabras obvias que se dejaron de lado. Se trata de una suerte de borrarismo que pone el énfasis en lo no dicho, en lo que se ha quitado de la frase y que, normalmente, conforma el poema. La elipsis, en estos poemas casi siempre compuestos de una sola oración, brilla por su ausencia, y sin embargo impera lo pequeño y contenido. De ahí

que concebir la brevedad en términos de dimensión sea clave para entender la razón de las reducciones operadas por el autor.

Es ya un lugar común señalar, entre los valores de una obra poética, su inclinación por la discreción formal, algo que anotó la crítica a propósito de *La calle por cárcel*, el primer libro de Agudelo. *Ni el abrazo ni el refugio* ostenta un minimalismo que, pese a los versos diminutos, a la contracción de crisálida de la estrofa sobre la oruga del verso, hilvana frases contundentes y, a veces, complejas en su sintaxis. La economía está entonces, no en el ascetismo de las posibilidades ilativas, en las oposiciones y en la oscuridad copulativa. Está, más bien, en el repertorio de palabras que quieren ser frase, a pesar de la desconfianza que la estructuración en cadenas verbales requiere.

Tal contraste merece toda la atención, pues se trata de un proceso que afecta el acabado final del poema, aún más que su imaginaria o concepción. Para acudir a una imagen ya tradicional, podemos figurarnos al poeta, de manera semejante al escultor, sacando de una frase-matriz, compleja y ramificada, todo lo que sobra, el *soverchio* de Miguel Ángel. Nos queda una oración-forma que es redonda, que se curva sobre cada salto de renglón, como testimonio de una gramática en la que todavía se confía.

La reducción, no obstante, está lejos de ser, por decirlo así, expresiva. No parecería conducir, de ninguna manera, al enmudecimiento. Es más bien una operación en la escala, es decir, la sustracción se vincula con el poema ya terminado, con una brevedad de continente, y no de contenido. Estamos, entonces, ante una decantación en el orden del enunciado, no en el de la enunciación. El arte de la poesía es, qué duda cabe, el de la concatenación. Se trata de postrar una temporalidad inexorable y victoriosa ante la fijeza ilusoria de la cópula, ante el frágil imperio de las unidades lingüísticas que milagrosamente se articulan. Y la respuesta se encomienda, en este caso, a pequeños vestigios de una unidad oracional y vital que se ha perdido. El pasado subjetivo es el de la vida mal vivida, pero el pasado colectivo es el de una lengua que una vez fue elocuente.

Esta insistencia en la presentación diminuta, con independencia de una afirmación expresiva y lengua que corre debajo, en oraciones muchas veces prolijas, debe distinguirse, probablemente, por una vocación aforística. De hecho, la inclinación en muchos de los poemas de Agudelo no es del todo lírica, sino

argumentativa, probablemente en la vía abierta para la modernidad por Emily Dickinson:

También
tus veneradas estrellas
nos han precedido
en brillo
y muerte

El nihilismo del libro, su vocación por la pérdida y el desamparo, son, a pesar de todo, una excusa para la celebración de toda reparación obrada por la escritura. Pues la vida encuentra justificación solo en un presente que expone su condición por medio de palabras. Al fin y al cabo,

sólo se vive
para el incendio de estos días

Y con ello se nos dice que escribir cada poema es lo que justifica el cultivo diario del silencio.

No hay tampoco novedad en señalar que, detrás de estas decisiones de Agudelo, se halla el esbozo de una tradición que, aunque se remonta a los años ochenta, apenas con obras como esta empieza a mostrar su vigencia y continuidad. Se trata, por supuesto, de la profunda influencia que en los poetas antioqueños y colombianos dejó la obra de José Manuel Arango, de quien, probablemente, Jorge Iván Agudelo es uno de sus más importantes lectores. Corresponde a la crítica hallar en los distintos tipos de lectores de Arango —y en sus distintas formas de ascetismo y reducción— el esbozo de una nueva tradición, caracterizada por la fuerza que da todo trabajo de renuncia. ■

Efrén Giraldo (Colombia)



Periodismo universitario para la ciudad

Facultad de Comunicaciones
Universidad de Antioquia

<http://delaurbe.udea.edu.co/>
@Delaurbe

Calle 67 No. 53-108. Bloque 12 - 122
Teléfono: 2195912
Medellín – Colombia